

do I, las cruces que, unidas a los castillos o torres, en él campean. Otros hechos notables acaecidos en Palencia durante aquellos medievales son: el fallecimiento de Enrique I, víctima de fortuito accidente, en 1217; el Fuero real de Alfonso X el Sabio, que aumentó los privilegios precedentemente concedidos a la ciudad; la conjura contra dicho monarca, a quien su hijo Sancho llegó a pedir, encontrándose allí, la abdicación a la Corona; el intento de apoderarse de la ciudad, en una noche tormentosa de noviembre de 1298, llevado a cabo por los intrigantes partidarios del perjuro y revoltoso infante don Juan el de Tarifa, uno de aquellos magnates cuya conducta, favorecida por la debilidad de gobierno inherente a las minoridades de la realeza, tan mal cuadrada con el noble e hidalgo sentir castellano, y las Cortes celebradas en 1296 y 1313. En 1388 tuvo lugar en esta ciudad una gesta ejemplar, la cual puso de manifiesto que si sus hombres eran bravos, no menos animosas fueron sus mujeres: habiendo marchado la guarnición en socorro de la de Valderas, aprovechó esta circunstancia el duque de Lancaster, que elegaba derecho a la Corona de Castilla, en la sucesión de Enrique II, para intentar apoderarse de Palencia, sitiando la plaza con sus tropas; pero las mujeres de la ciudad, unidas con el mismo corajudo temple, cerraron las puertas de las murallas y combatieron al enemigo, cuyos intentos de asalto lograron rechazar. El monarca Juan I premió tan singular hazaña —que recuerda otra parigual de las mujeres abulenses, ya referida por nosotros en RECONSTRUCCION—, concediendo a las damas palentinas el derecho a usar franjas o bandas de oro en sus tocados y mantos, así como a la ciu-

dad el privilegio de que en su catedral se celebraran las bodas del príncipe heredero con la hija del pretendiente, dándose así fin a la contienda sucesoria. El ilustre escritor inglés Havelock Ellis, cuya obra *El alma de España* constituye una de las más brillantes apologías que de nuestro país han trazado extranjeras plumas, condensa su elogio de la mujer palentina, digna descendiente de aquellas antepasadas que hace siglos demostraron tan singular temple, con estas palabras: "No hace mucho que pasé un domingo en Palencia y vi varias mujeres, unas ya maduras, otras jóvenes, que se entretenían jugando a los bolos y arrojaban las grandes y pesadas bolas por la hierba sin dar muestras de cansancio durante toda una tarde. Nunca he visto que la mujer inglesa ni de otro pueblo se entregase a un juego tan vigoroso y saludable, y ahora pienso que a una raza cuyas madres muestran tan sana energía no puede ser considerada como exhausta ni decadente."

En el siglo XV Palencia fué escenario de las turbulentas apetencias del infante don Alfonso —quien consiguió ser allí nombrado rey— y de su asistente mayor, don Sancho de Castilla, que amotinó al vecindario contra el obispo, cuyo palacio fué quemado. En la época de Carlos V la ciudad adhirió con empeño al movimiento comunero, por lo que fué duramente castigada. Felipe II, tras visitar Palencia, resolvió en favor del pueblo y de sus jueces numerosos litigios precedentemente surgidos, a los que dió lugar lo desmesurado de la jurisdicción episcopal, con lo cual fueron quemados en la plaza pública cuantos procesos había incoado la curia eclesiástica contra seculares. Felipe IV distinguió a Palencia concediendo a su Concejo la gra-

*Detalle del Coro.*

